

La autoridad de la Palabra de Dios

John Thomas MAWSON

biblicom.org

Índice

1 - La autoridad absoluta de la Palabra de Dios	3
2 - Por qué es fundamental la cuestión de la autoridad de la Palabra de Dios	4
3 - El peligro de aceptar siempre todo sin búsqueda personal	5
4 - Cómo entender «Acordaos de vuestros conductores»	5
5 - El peligro de los conductores	6
6 - La importancia de «lo que oísteis desde el principio»	6
7 - El peligro de la tradición	7
8 - La conciencia no es una guía segura	7
9 - Conclusión	7

Citamos la siguiente frase de una carta recibida recientemente [1]: *“La palabra de Cristo, como poder vivo sobre el alma, parece haber desaparecido. Usted le dice a un hombre que la Escritura en tal o cual lugar dice tal o cual cosa; su actitud es la siguiente: Pues bien, supongamos que es así, ¿y entonces qué?”*

[1] Escrito hacia 1.920

Nuestro corresponsal no estaba escribiendo sobre hombres infieles o abiertamente impíos, sino sobre cristianos, aquellos que, como doctrina, sostienen firmemente que toda la Escritura está inspirada por Dios. ¿Es cierto su testimonio? En la afirmativa, ahí reside el secreto de la hambruna y de la decadencia espiritual generalizada que tenemos que deplorar. ¿Es cierto? Que nuestros lectores respondan por sí mismos, pues se trata de una pregunta vital. Consideramos que es la pregunta más importante que podemos hacer. ¿Es verdad que la Palabra de Cristo, como poder vivo sobre nuestras almas, se ha perdido por completo?

1 - La autoridad absoluta de la Palabra de Dios

Por el mismo mensajero que nos trajo la carta que acabamos de citar, recibimos una copia de una carta escrita por J.N. Darby, relatando la forma en que el Señor le condujo cuando las verdades de la Escritura que tanto le afectaron a él y a su generación comenzaron a ser reveladas a su entendimiento. Lo que nos impresionó fue el lugar que ocupaban las Escrituras en su mente y en su vida. Dice: *“Como resultado de un gran ejercicio del alma, la Palabra de Dios se convirtió para mí en una autoridad absoluta; siempre la he reconocido como la Palabra de Dios”.* ¿Y cuál fue el efecto? *“Las tres personas en un solo Dios, la divinidad de Jesús, su obra expiatoria en la cruz, su resurrección, su asiento a la diestra de Dios, fueron verdades que, aprendidas como doctrinas ortodoxas, comenzaron a ser realidades vivas para mi alma. No solo eran verdades, sino que conocí a Dios personalmente de este modo; no tenía otro Dios que el que así se había revelado, y lo tenía a él. Él era el Dios de mi vida, el Dios de mi adoración, el Dios de mi paz, el único Dios verdadero”*.

No solo estas y otras muchas verdades se convirtieron para él en realidades vivas, sino que se vio obligado a someterse a esa misma Palabra para probar a la luz de ella todas sus asociaciones y relaciones, de modo que lo que *“no estaba de acuerdo con lo que leía en la Biblia sobre la Iglesia”* era juzgado y abandonado por él. Podríamos citar

otros pasajes sumamente interesantes y útiles de esta carta, pero nuestro propósito es subrayar la autoridad de las Escrituras como Palabra de Dios para nosotros, y el efecto que tiene en el alma y en la vida la sumisión a esa autoridad.

Al deponer esta carta tan interesante, hemos tomado otro documento escrito por la misma mano unos 40 años después de los ejercicios aquí descritos, y deseamos llamar la atención de nuestros lectores sobre las siguientes frases sorprendentes. Hablando de las Escrituras, la Palabra de Dios, dice: *“Es la única regla y medida de mi responsabilidad, la expresión de la autoridad de Dios sobre mí. Viene directamente de Dios, y el derecho de Dios es absoluto, abarca todo mi ser en obediencia; ejerce su autoridad inmediatamente a través de la Palabra... Mi relación primaria, inmediata y soberana es con Dios a través de la Palabra. Tiene prioridad sobre todas las demás y exige sumisión absoluta e inmediata. Debemos obedecerla”*. Es la bandera del cristiano; «¡Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres!» (Hec. 5:29) es la reivindicación absoluta de Dios, que se ha revelado plenamente y que se revela a nosotros inmediatamente a través de la Palabra.

2 - Por qué es fundamental la cuestión de la autoridad de la Palabra de Dios

No se puede exagerar la importancia de esta cuestión; las Escrituras son la Palabra de Dios a los hombres; la revelación de sí mismo, la declaración de su voluntad; su voz habla con amor, y da muchas advertencias con toda su autoridad. «La palabra del Dios nuestro permanece para siempre» (Is. 40:7-8). En ella aprendemos el camino de la salvación; es suficiente para formar al hombre de Dios (2 Tim. 3:15-17); el que no la obedece no es digno de compañía para un cristiano (2 Tes. 3:14); y los que la tuercen y la rechazan lo hacen para su propia perdición (2 Pe. 3:16). Esta Palabra vive y permanece para siempre; es la espada del Espíritu, rápida, poderosa; es el juez, o crítico, de los pensamientos e intenciones del corazón del hombre, para ser oída y obedecida, no discutida por él. Tener en nuestro poder semejante tesoro nos impone la solemne responsabilidad de escucharlo y someternos a él, para que ejerza su poder vivo sobre nuestras almas.

3 - El peligro de aceptar siempre todo sin búsqueda personal

La tendencia es, cuando el fervor del espíritu disminuye y se debilita la vida divina, escapar al ejercicio necesario para conocer la verdad y la voluntad de Dios directamente de la Palabra, recurrir a los líderes y aceptar lo que dicen simplemente porque lo dicen. Este es el camino más fácil, pero el más peligroso, porque el oído se vuelve sordo a cualquier otra voz que no sea la del favorito, y el resultado es a menudo un celo carnal por una línea especial de enseñanza o procedimiento eclesiástico que puede no estar totalmente de acuerdo con la Palabra, y que puede ser adoptado sin el ejercicio del alma que requiere la sumisión a la Palabra, y así se forman sectas y partidos.

4 - Cómo entender «Acordaos de vuestros conductores»

Es cierto que la Palabra de Dios exhorta: «Acordaos de vuestros conductores» (Hebr. 13:7), y eso es lo que debemos hacer, pero mi convicción es que aquellos a los que aquí se hace referencia eran los hombres inspirados por Dios, que, como dice la Escritura, nos «anunciaron la palabra de Dios». *Eran «sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu» (Efe. 3:5), a quienes la verdad fue dada por primera vez, y cuyo ministerio está ahora incorporado para nosotros en el Nuevo Testamento.*

No es el modo de Dios dirigirnos a hombres falibles que, por serlo, han de estar necesariamente más o menos afectados por su visión limitada, sino que nos mostrará a aquellos a quienes ha guardado en respuesta a la petición del Señor (Juan 17), y de quienes ha hecho los vasos inspirados de su comunicación a nosotros. Los más pequeños de estos hombres nos han ayudado solo dirigiéndonos a la Palabra de Dios. Si sus palabras se han convertido en cierta medida en nuestra guía en lugar de la misma Palabra de Dios, esta queda despojada de su autoridad. Una de 2 cosas es cierta: o sus palabras proceden de la carne, o las hemos tomado de un modo carnal. El autor que ya hemos citado continúa: “Si otro conoce la Palabra mejor que yo, si tiene más fuerza espiritual, puede ayudarme, y eso está de acuerdo con la voluntad y la mente de Dios. Pero no se interpondrá entre mi alma y la Palabra de Dios; me hará conocer mejor lo que Dios me dice en esa Palabra. Mi alma estará así más en

relación inmediata con Dios a través de esta Palabra...”.

5 - El peligro de los conductores

Otro famoso autor dijo: “Siempre habrá líderes [2]”:

“Siempre habrá líderes, y eso está muy bien cuando es su fe la que los lleva ante los demás. Pero la fe debe basarse en la Palabra de Dios y justificarla ante los demás. El verdadero liderazgo se encuentra siempre en la Palabra, y esto es lo que nos impide ser meros seguidores de los hombres. Sin ella, podríamos desviarnos fácilmente por el camino de hombres que, sin duda, son muy buenos. Así fue como Pedro extravió a Bernabé. Pablo dice: «Sed imitadores míos», pero añade: «como yo lo soy de Cristo» (1 Cor. 11:1).

[2] O conductores, guías, mentores, líderes, animadores, etc.

6 - La importancia de «lo que oísteis desde el principio»

También es peligroso mirar hacia atrás, hacia lo que no era desde el principio, o tomar como modelo o norma cualquier *efecto de la verdad* que hayamos visto en otros o del que hayamos oído hablar. A este respecto citamos de nuevo los escritos de J.N. Darby:

«Si lo que desde el principio oísteis permanece en vosotros, vosotros también permaneceréis en el Hijo y en el Padre» (1 Juan 2:24). Nada tiene autoridad segura para el creyente, excepto lo que fue desde el principio. Solo eso garantiza nuestra permanencia en el Padre y en el Hijo. Puede haber muchas “venerables antigüedades”; y ciertamente el espíritu de reverencia, cuando el objeto es verdadero, es una cualidad muy importante en el creyente, pero también un asombroso medio de seducción cuando no lo es. Como *fundamento de la fe*, el cristiano debe tener «lo que era desde el principio». La autoridad para creer debe ser «lo que era desde el principio» (1 Juan 1:1). Es en las Escrituras que tengo esta certeza –tengo la cosa misma y en ninguna otra parte. Muchos pueden predicar la verdad y yo la disfruto,

pero es a través de la Palabra de Dios que tengo la certeza de lo que era desde el principio, y no la tengo en ninguna otra parte.

7 - El peligro de la tradición

La tradición esclaviza a un cierto tipo de espíritu, del que solo la Palabra puede liberarnos. Debemos guardarnos de ella. Los fariseos de antaño estaban muy apegados a lo que consideraban correcto, pero anulaban la Palabra de Dios con sus tradiciones, y fueron los críticos y opositores más persistentes del Señor Jesús.

Las tradiciones que debemos seguir están claramente establecidas en [2 Tesalonicenses 2:15](#). Fueron enseñadas por los apóstoles en palabra y letra, y ahora están contenidas en la Palabra de Dios para nosotros; si nos aferramos a ellas, estamos a salvo.

8 - La conciencia no es una guía segura

También se toma a menudo la conciencia como guía y norma en lugar de la Palabra; se trata de una trampa sutil, sobre todo porque la gente confunde a menudo sus opiniones con su conciencia. Sustituir la Palabra de Dios por la conciencia ya es bastante malo en asuntos puramente individuales, pero se vuelve grave cuando se impone en asuntos que implican el nombre y el testimonio del Señor, y cuando toma el lugar de dictador en la comunión de los santos y en la obra de los siervos del Señor. Sin embargo, tememos que a menudo la palabra iluminadora no se busque o se deje de lado, y que la conciencia, o lo que se pretende que es la conciencia, se tome como guía incluso en este recinto sagrado.

9 - Conclusión

Es de suma importancia que discernamos el fin de la ordenanza, que es «el amor, que procede de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe no fingida» ([1 Tim. 1:5](#)). Pero primero debemos tener la Palabra, y una conciencia sometida a esa Palabra, entonces todo estará bien. Sin eso, haremos un grave daño a los intereses

de Cristo en la tierra; y cuanto más sinceros y celosos seamos, mayor será el daño, como Saulo de Tarso que, con una conciencia perfectamente buena, creyendo que estaba haciendo un servicio a Dios, persiguió a la Iglesia de Dios y la devastó.